

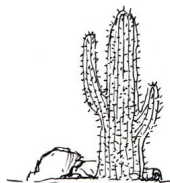


P U Ñ O Y L E T R A



No. 3 ENERO/FEBRERO DEL 2010





---

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

---

### RELATO BREVE

---

IMAGINAR ES PELIGROSO ..... DOS

CUANDO EL ALMA TRASCIENDE .....

LA CASA .....

---

### CUENTO

---

JUECES 16, 30 ..... TRES

VERDE FRONTERA ..... CINCO

EL AMOR SIN PALABRAS ..... SEIS

LA MUÑECA ..... OCHO

LA PASTILLA ..... DIEZ

ÁNGELES Y PUNTOS ..... DOCE

---

### POESÍA

---

DE GATOS Y DEMÁS ..... CATORCE

PRELUDIO ..... QUINCE

LUNA CUARTO MENGUANTE ..... DIECISÉIS

DESPACIO ..... DIECISIETE

LAJA AL VIENTO ..... DIECIOCHO

A ÉL SÍ LE SOBRÓ ..... DIECINUEVE

---

### ÍNDICE DE AUTORES

---

#### NOTA DEL EDITOR

Antes que nada una disculpa por el error de la última revista en la que por las prisas le dimos el crédito de la visita de Luisa Valenzuela a la Cátedra Alfonso Reyes siendo éste de la Cátedra de Literatura latinoamericana contemporánea.

Con éste número inicia una nueva etapa de la revista, que incluye trabajos de maestros y alumnos (algunos de otros campus), más contenido y una mayor distribución. Le damos la bienvenida al equipo de diseñadoras y agradecemos a todos los que nos han apoyado, Feria del Libro, profesores e imprentas.

A partir de ahora se abre la convocatoria para la publicación marzo – abril. Gracias a todos los que enviaron textos y aquellos que no aparecen en este número, los invitamos a repasar sus trabajos y volver a enviarlos.

#### COLABORADORES

*COORDINADOR GENERAL*  
FRANCISCO PIÑÓN

*COORDINADORA DE DISEÑO EDITORIAL*  
KARLA GAYTÁN

*ILUSTRACIÓN Y DISEÑO EDITORIAL*  
BRENDA CORTÉS

*DISEÑO EDITORIAL*  
NELDA OCHOA  
ALEJANDRA DE LA FUENTE

*REVISIÓN DE TEXTOS*  
DAMIÁN PACHECO  
CINDY PEÑA  
LORENA CANTÚ



## IMAGINAR ES PELIGROSO

María Eugenia Alvarado Hierro

María Francisca nació cuando su creadora cumplió doce años. María Francisca fue creciendo como una rana venenosa de color amarillo, dentro de la cabeza de la niña. Un día cuando su creadora estaba escribiendo una historia, borró un personaje que le caía mal por patético. María Francisca, al darse cuenta que la niña había desaparecido a su mejor amigo, se enojó tanto que se convirtió en el tumor cerebral que mató a las dos, y todo por un exceso de imaginación.

---

## CUANDO EL ALMA TRASCIENDE...

Virginia Bon

Cuando el alma trasciende...

El cuerpo se potencia a través de ella.

Es más cuerpo en esa dimensión en que se sale, se desdobra y lo impregna todo. Dilata los límites: se extiende y todo lo abarca.

El alma que trasciende es el todo porque cubre, moja, llena, engulle delicadamente. El Ser deja de ser sólo cuerpo, pero, siendo cuerpo que es nada, forma, delinea, contiene al universo y es contenido por éste... se convierte en aire, por eso es el todo y la nada simultáneamente...

De pronto, unos ojos me miran...

Su cuerpo delata, deviene en presencia sublime, infame por estar ahí... haciéndose cargo de todo lo que no dice, que por no dicho, es muy evidente...

Su cuerpo, el de él, me devuelve a la conciencia corpórea de mí ser...

Dejo el vuelo y me convierto en lo más mínimo y concreto del día de hoy:

Me devuelvo a mi estado de mujer...

---

## LA CASA

Andrea Ríos

A golpe se llegó el silencio y todo sin dudarle obedeció su mando.

De lleno cubrí la sala de aromas frescos.

Vislumbré la sombra que era ya tan mía, como esta pausa verbal del alma.

Triste casa, antes saciada de vida, ahora pensante aun de tu resonancia.

Y largos mis andares, duras mis miradas.



## JUECES 16, 30

Javier Romo

Las puertas se abrieron de golpe. La luz le lastimaba los ojos y se acurrucó más entre la enmohecida paja, pero los guardias procedieron a agarrarlo y arrastrarlo por la fuerza. Su estado era patético: el cabello largo y enmarañado le caía sobre el rostro en pequeños mechones, y las ropas, hediondas y carcomidas por los insectos, dejaban entrever la costra añeja y la carne magullada. Los guardias lo golpearon y le escupieron una última vez en la penumbra. Hicieron que se irguiera y lo escoltaron por aquel inmortal pasillo. Él intentó hablar una vez más, pero apenas contaba con las fuerzas necesarias para mantener en balance sus dos piernas. Sus ojos todavía no se habían acostumbrado a la luz, y tal vez nunca lo harían, pensó.

Un mal paso y cayó de bruces contra el suelo. Los guardias parecían contentos. Después de propinarle varias patadas a las costillas le mandaron levantarse. Un escalofrió le recorrió el cuerpo, un hueso más se encontraba roto. Tanteando la pared, por fin pudo erguirse y continuar el recorrido de forma vergonzosa. Ahora extrañaba su celda, que, como en todos los principios, había aborrecido tanto y que después se fue acostumbrando lentamente a ella, como un achaque más del cuerpo.

El verde. Lo recordaba de cuando lo habían encarcelado. El piso era verde pálido y encontró algún consuelo en recordar ese hecho. No podía recordar las lisas paredes ni el inasible techo, por lo que mantenía la cabeza siempre abajo y al frente, tratando de que su memoria compensara lo que sus ojos se negaban a enseñarle. Entonces cayó por segunda vez, ahora los guardias no fueron tan benevolentes. Con las firmes botas, le fracturaron ambas manos y todos sus dedos, y entre bufonescas risas, le ordenaron que se irguiera de nuevo. El dolor le hizo olvidar su ceguera y su cansancio, se levantó de nuevo y continuó el sendero. Había recorrido ya más de la mitad del estrecho pasillo; ya alcanzaba a oír la algarabía de la muchedumbre en la plaza donde había sido condenado.

Pero lo cierto es que no quería que acabara de esa forma, debía de intentarlo una última vez, una última vez para hacerlos entrar en razón, para pedirles que no lo matasen. Deseó hablar, mas de su boca sólo salieron balbuceos. Los guardias se rieron, y lo empujaron contra las paredes. En ese momento ya eran palpables las vibraciones que la horda de afuera generaba, sabía que se le acababa el tiempo. Volvió a intentar hablar, y de nuevo fue empujado. Esta vez no pudo balancearse y por tercera vez cayó al suelo. Los guardias lo injuriaron a gritos, y lo acometieron con un sadismo previamente inexistente, por lo que intuyó que ya estaban casi al final del pasillo y sus siluetas eran en parte visibles. Le ordenaron nuevamente que se irguiera y le fue imposible. Al ver que ya ni el dolor era efectivo, lo arrastraron por los brazos hasta la entrada del templo.

El ruido era ensordecedor, oía por doquier insultos a su nombre y alabanzas a un dios que no conocía. Sin embargo, tenía una muy nítida imagen del templo. Incontables veces lo había visto antes de ser sentenciado. Su tamaño nunca había dejado de impresionarlo; así como, en el centro, la estatua un ser grotesco, con el cuerpo alargado y el rostro anguloso en extremo, y al igual que todas las deidades, frío e indiferente como los astros.

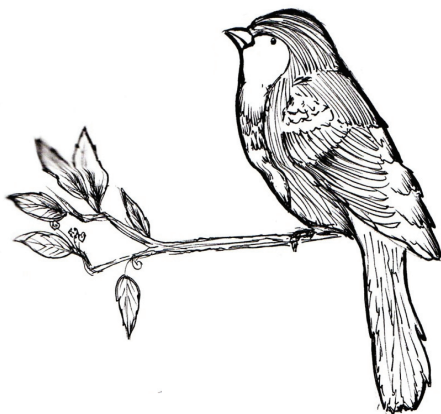
---

Su explanada, siempre abarrotada por la incontable muchedumbre, se extendía hasta lontananza, y las tinieblas del interior sólo invitaban a la especulación de sus dimensiones. La arquitectura parecía en su mayoría clásica, aunque sabía que aquella gente no tenía ningún conocimiento del mundo griego. La piedra grisácea del que estaba hecho le resultaba desconocida, pero recordaba que era hermosa a la vista y suave al tacto.

Su remembranza fue interrumpida de golpe, toscamente lo llevaron hasta las dos columnas centrales y lo amarraron a ellas de brazos y piernas. Reconoció de inmediato la rústica voz, era la voz del que fungía como jefe, era la misma que se rió de él desvergonzadamente con cada argumento de su defensa, era la que ahora se dirigía hacia la multitud con un discurso de triunfo y festejo.

Llegó la hora de la ejecución y todos se quedaron callados para disfrutar del momento. Entonces él encontró fuerzas para hablar. Ya no baluceo, y con voz de león vociferó que no lo matasen, que era imprescindible su existencia. La horda, como siempre, enfureció de golpe. Su petición fue ahogada, y su convicción como incontables veces, se derrumbó por completo. El jefe ordenó por fin la ejecución, y el barullo de las infinitas voces hizo que las paredes temblasen. Derrotado, se cuestionaba en silencio por qué la muerte de un hombre implica la muerte de todos los hombres. Entonces sintió el frío cuchillo, clavándose en su nuca, sintió desprecio y lastima por todos ellos, y sintió su gemido, que súbitamente invadió el templo y se impuso ante el caos de todos los que presenciaban su muerte.

Al despertarse, el universo se desvaneció de nuevo. •



---

# VERDE FRONTERA

Abril de León Rincón

¡Ah, qué calor! ¡Qué maldito calor! –Pensó, mientras recordaba aquellos valles fértiles de su pueblo natal.

Cuántas veces había maldecido esos lugares y esa monotonía cromática. Verde, verde, verde, siempre verde... ¡Cómo lo añoraba ahora! Había sido incapaz de percibir entonces que ese verde nunca fue el mismo, que la luz, la lluvia, la tierra, los días, la distancia, el humor o el hambre pintaban siempre nuevos tonos de verde para quien los divisara.

En medio de ese terrible desierto donde nada había, sólo sentía su piel arder y su boca escocerle casi sin saliva que mitigara su sed.

–¿Cómo muere alguien de sed? Jaa- rió nerviosamente, si es que a ese sonido se le puede llamar risa. La risa y el llanto seco se confundieron en sonidos guturales que no alcanzaban a manifestarse como les era debido en el canon de la biología humana.

Cayó de bruces, arrepentido de haber odiado ese color verde; porque aunque esos campos no le pertenecieron nunca y trabajó de sol a sol en ellos por una miserable paga, jamás se compararía con el ruinoso color café claro del desierto. Allí, cuando el viento soplabla jugaba con su pelo y hacía volar el de ella, negro, lacio y largo. Acá, el viento eran llamas que le quemaban la cara y arena que volvía café su pelo rebelde y oscuro. Y polvo que la cubrió a ella cuando no pudo más seguirle el paso.

Antes, sus ojos nunca pudieron distinguir los matices del verde, la frescura del viento, el sabor y la temperatura del agua:

–¡Bah, estoy harto de ver siempre lo mismo! ¡Harto del pinche verde y que me manden pa’ todos lados! ¡Allá si hay esperanza, Reyna, la esperanza verde de la bandera! ¿No me dijiste que eso significaba el verde? Pu’s en este pinche pueblo no hay de ese verde bandera. Puro cabrón que te parte el lomo para ver sus campos “verdes, verdes” ¡Aaaa! A ellos sí les gusta, pu’s claro, como no los trabajan. Pero ese verde no es mío, Reyna, compréndeme; yo quiero el verde de la frontera: los dólares. Vámonos, Reyna, vámonos pa’ la frontera.

Sequía y nada más. Sequía por dentro y por fuera. Comenzó a gatear. Ya no le quedaban fuerzas. A lo lejos vio su imagen, sin poder distinguir si era sueño o realidad. La vio flotando sobre el café de la arena; ella le tendió los brazos. Se arrastró tratando de alcanzarla, pero fue inútil. –Ya no tengo fuerzas-. Una vez más su cuerpo siguió el patrón del llanto, pero sin lágrimas. Se estremeció todo y apretó los párpados. Se derrumbó entero. El calor era sofocante, pero el infinito, peor: todo de color café.

–Ven por mí- intentó decir, pero los labios ya se le pegaban y, al separarlos para articular palabras, pedazos de piel se le iban en el intento. Suplicó en silencio otra vez “Ven por mí, por favor, llévame de una vez”.

La voz de Reyna le susurró al oído: “Verde, verde, verde... ¿Recuerdas? ¿Lo sientes? Ahora tus ojos encontrarán paz... Ábrelos a la oscuridad” •

---

# EL AMOR SIN PALABRAS

Gerardo Alonso Escamilla García

El principio del final comenzó cuando una joven pareja se encontraba bailando un vals dentro de un salón vacío y abandonado. Felices, absortos. Dejando atrás muchos años de rencor y de discordia que los afligió mientras pretendían amar a quienes no lo merecían. Pero no más, nada de eso importaba. No, nada importaba ahí, en ese momento. Felices, absortos. Sus cuerpos se desenvolvían a medida que se relajaban y se iban sumergiendo en sus miradas. No era un baile común. No era una secuencia de pasos memorizados y practicados. Llegaba más allá de una simple flama de aventura disfrazada de amor. Era un movimiento inconsciente, una fuerza fuera de lo normal. Ella y él. Él y ella. Se podían sentir, se podían oler, se podían ver; tenían los sentidos más agudos que nunca, y a la vez, se encontraban sordos, mudos, ciegos. Incapaces de percibir cualquier otra cosa que no fueran ellos mismos. Ella y él. Él y ella. Felices, absortos. Dos almas danzando en un salón vacío y decadente, que por mucho tiempo fue el alma del pueblo y el lugar que presencié la mayoría de los acontecimientos importantes de la región. Inclusive aquel incidente grotesco que causó la clausura del mismo y marcó el inicio de una era de incertidumbre y pánico en el pueblo crédulo. Sin embargo, no todos olvidan, no todos callan y dejan ir, no todos perdonan.

Cegados por la paz y la armonía de su unión, la pareja feliz, absorta, ignoró la presencia de otro amor; corrupto e infectado por el resentimiento: un esposo rabioso. Él era un hombre sano, con dinero suficiente para comprar un país pequeño y no obstante, deseaba más, más, más. Obsesionado con su propio afán y viviendo a base de una felicidad disimulada, este hombre aún sentía y amaba a aquella mujer que perdió algunos años atrás mientras que ella, recostada a su lado, añoraba salir volando de la habitación para nunca regresar. El hombre afligido, descubrió el engaño de su mujer esa noche. Pudo observar al hombre que le arrebatara la vida de las manos, al hombre que ella tanto amaba, y que, sin titubear, la dirigía de la mano por el sendero que llegaba al salón abandonado. Fue entonces, al ver la felicidad genuina de su esposa, cuando este hombre afligido perdió la cordura y recogió su revólver momentos antes de seguir a la joven pareja por el camino que marcaría el final.

Esperó detrás de un encino, desde donde se podía apreciar el interior del salón desde el otro lado del vitral central. Esperó y esperó, tratando de razonar desde varios puntos de vista, utilizando todo su poder para concentrarse y convencerse a sí mismo de dejarlo ir, de ir a casa; pero cuando se asomaba por el vitral y los veía bailando, lograba admirar esa conexión, podía afirmar el amor que sentían Ella y él. Él y ella. Los podía ver felices, absortos. Y así fue como llegó a su nirvana: todos los puntos de partida llegaban al mismo lugar –Tiene que terminar aquí, ahora– susurró para concluir la discusión insegura de su mente impaciente. Se dio la vuelta y salió corriendo de su escondite mientras sentía el aire helado de la noche rozar contra su cara y su pecho. Sintió el frío metal del revólver quemándole la mano. No sabía si corría por rabia, o por miedo, pero estaba seguro de que no se iba a detener.

---

La joven pareja sólo pudo escuchar el estrepitoso e inevitable sonido de la puerta principal abriéndose para dar paso al hombre afligido con el revólver en la mano y la furia en el corazón. El esposo se detuvo al abrir la puerta y dentro de su mente asustada, todo se nubló. Respirando entrecortadamente, se indignó al darse cuenta de que la joven pareja, aunque conscientes de la presencia del esposo, seguía bailando el vals en un movimiento armónico, simple y perfecto. Felices, absortos. Entonces, sus ojos se llenaron de lágrimas y su respiración incrementó violentamente. Caminó muy despacio hacia la joven pareja y al acercarse lo suficiente a ellos, levantó la mano del revólver al mismo tiempo que juntaba todo su rencor, todo su amor y toda su discordia en el dedo índice de su mano izquierda, que apretaba una y otra vez el gatillo del revólver. La joven pareja no parecía tener miedo, dentro de ellos existía el deseo de estar juntos. En sus ojos se veía la felicidad de haberse encontrado, aunque fuera sólo por unos cuantos días. Se vieron fijamente el uno al otro por última vez y sonrieron mientras sentían un dolor helado y la sangre tibia que se despilfarraba por los suelos en un desfile rojo de pasión. De esa manera, la joven pareja cayó al suelo, con los ojos abiertos y fijos en los del otro, con una mueca indicando sonrisa, y un olor a plomo que poco a poco se fue absorbiendo por el salón decadente. Muertos. Pero felices, absortos.

“El amor de una mujer es el amor verdadero” solían decir. Y ahora puedo comprender el significado del amor verdadero que ella sintió por él; mas en este momento estoy parado frente a cinco hombres que me ordenan dar la vuelta. Que quieren avergonzar mis años de desdicha y de soledad. Sin embargo, no lo haré, moriré mirándolos fijamente, escuchando atentamente cada resonancia en el aire y dentro de mi cuerpo, intentando imaginar que dentro de sus miradas viles y frías puedo ver la tuya, para así, sentir un poco del amor que tuviste hacia él y no morir vacío. “El amor de una mujer es el amor verdadero” el amor verdadero... un amor como el que tú le tuviste a él y que él te tuvo a ti, y que nunca se extinguirá. Persistirá por siempre dentro de ese salón triste. Donde baila la joven pareja. Felices, absortos. Y yo, me quedaré por siempre detrás del encino, observándolos, envidiándolos. Triste, solo. •

---

# LA MUÑECA

Lorena Martínez

La recuerdo muy bien. Siempre parada con su tambor al frente, sus manos sosteniendo los palos para tocarlo. Pom, pom... casi podía escucharlo. Medía unos 30 centímetros con todo y su peinado raro. Pero me gustaba, pasaba horas viéndola, tratando de descifrar porque le colgaban flores en la cabeza y que era eso que le colgaba del peinado como si fueran aretes, pero que no podían ser aretes porque no colgaban de sus orejas. Eran adornos especiales, que le ponían en la madeja de pelo negro. Pero lo más lindo de todo era ese vestido largo, y rojo con bordados dorados. Parecía una bata de dormir, pero era muy elegante y se amarraba con un moño grande por detrás. Eso lo sabía por el reflejo del moño en el espejo de la vitrina.

Vivió encerrada mucho tiempo en ella. Mi abuela no me dejaba sacarla para jugar. Ahora que estoy grande comprendo, pero cuando era pequeña no entendía porque no podía jugar con la muñeca. A mi me gustaba mucho y normalmente eso era suficiente para que me dieran lo que quería. Durante uno de mis berrinches, mi tía me explicó que era una japonesita y también me dijo que así se vestían allá en el país del sol naciente y que Japón estaba del otro lado del mundo. Me contó cosas sobre los que mi tío llamaba “los taka-taka” (eso aún no se por qué). La muñeca despertaba muchas preguntas en mi cabeza cada vez que la veía y aunque estas no tuvieran respuesta, me gustaba tanto visitarla. Era muy blanca y estaba parada en una base negro carbón, que la hacía ver aun más blanca. Me gustaba pensar que algún día iba a poder jugar con ella, y no pasaba ocasión sin que pidiera permiso para tocarla. Pero la respuesta siempre era la misma, no.

El tiempo pasó, yo crecí y la japonesita del tambor fue pasando al olvido en mis recuerdos. De vez en cuando la miraba, y me seguían llamando la atención los adornos en el pelo. Pero la mujer del kimono, ya que ahora sabía como se llamaba ese atuendo, ya no era tan hermosa. Estaba sucia y vieja, y ya no sentía la curiosidad de tocarla, ahora que sí tenía permiso, porque según mi abuela, ya era grande y responsable.

Me enteré que esa muñeca fue causa de discusión entre mi tía y mi abuela. A mi abuela nunca le gustó que le regalaran cosas innecesarias, y era muy especial para las decoraciones de la casa. Mi tía le llegó un día con la sorpresa, y a mi abuela no le gustó. Que si porque estaba muy blanca, mírale las flores de la cabeza, gastaste mucho dinero, sería mejor que no te gastes el dinero en estas cosas, la voy a tirar... en fin. Así era mi abuela, quisquillosa, pero yo creo que si de verdad no le hubiera gustado la muñeca la hubiera botado a la primera oportunidad.

Conforme fui creciendo me fui separando de la casa de mi abuela, y me separe también de mi tía. La vida nos hace cambiar de parecer y la edad nos hace olvidar los caprichos infantiles. Mi abuela ya no está conmigo, y mi tía ya no es como yo la recuerdo. Ya no me cuenta historias, apenas me habla en mi cumpleaños y ya no soy su sobrina consentida.

En mi último cumpleaños, mi tía me mandó un regalo envuelto en una bolsa vieja de

---

plástico que no me dejaba ver el contenido. Unos pedazos de cartón protegían el obsequio para que no se rompiera el contenido. Poco a poco surgió el tambor; las manos, que a pesar de los años seguían siendo blanquísimas; el pelo color azabache; los adornos de la cabeza. Por primera vez pude ver de cerca los ojos negros de la muñeca. La toque. La sentí tan suave, le di gracias a mi abuela por no dejarme jugar con ella cuando era niña porque seguramente la habría roto. Mi papá que estaba conmigo me dijo que le diera cuerda. ¿Cuerda? Seguí con la mirada las manos de mi padre, que movieron a la japonesita, haciéndola girar sobre su base. Se escuchaba el mecanismo crujir, informando que estaba haciendo su trabajo. Las manos de mi papá se detuvieron. En uno de los bordes brillaba el interruptor para encender la muñeca. No lo recordaba, nunca lo había visto. Por la cara de mis papás, he de haber hecho la misma expresión de asombro que cuando era niña, que cuando veía la vitrina. Gire el interruptor, una música oriental salió de la base e inundó la sala y la muñeca comenzó a girar lentamente al compás de la melodía.

Me quedé sentada viéndola moverse. Las flores no eran como antes, que estaban oxidadas; el kimono estaba manchado por los años; el peinado dejaba a la vista unas esponjas que ayudaban a formar lo; el pegamento que unía los palos para tocar el tambor con las manos se torno amarillento... pero todos esos detalles no se veían mientras giraba siguiendo la música, no eran importantes. La muñeca volvió a ser como era antes, como cuando yo era pequeña.

Sentí que mi abuelita se acordó de mí, heredándome la muñeca con la que tanto quise jugar. A la muñeca que olvide y que pese a todo, término en mis manos. Ahora ya no juego con ella, pero la música me recuerda a mi abuela. Y no porque la escuchara de niña; en 24 años nunca la escuché. Me la recuerda porque es algo que sólo yo y mi abuela escuchamos alguna vez. Ninguno de mis primos la escuchó, nadie más la compartió. Es especial. Es nuestra. •



---

# LA PASTILLA

Laura Romero

Juan miraba aquel vaso medio vacío, se preguntaba cuánta veces en los últimos tiempos había seguido el ritual que estaba por iniciar, justo antes de las diez pm, justo antes de prestar su cansado cuerpo a Morfeo, debía concluir religiosamente su rutina e ingerir aquella pastilla que lo mantenía respirando.

Su vida llegaba al ocaso del invierno y aquella noche se sentía especialmente cansado y solo. Tomó aquel pedazo de vida y se dispuso a ingerirlo con presteza, sus rodillas sintieron cimbrarse y un ligero mareo invadió no sólo su cuerpo sino el hasta el último recodo de su alma, remontándolo más de treinta años atrás y por primera vez permitió a sus recuerdos emerger a la luz del tiempo trascurrido.

-Llegó a su vida justo cuando creía que nada nuevo pasaría en ese verano, cuando su alma se veía invadida por la rutina y el deber inundaba su día a día sin más motivación que el de seguir respirando y esperar paciente el día siguiente. Se sentía solo, aún cuando el sistema social que lo rodeaba, le aplaudía su manera de enfrentar con magnificencia el papel que debía jugar en este mundo.-

Recordó a aquella mujer de ojos grandes, sonrisa abierta y olor dulce, aquella mujer que cautivó su mirada por un segundo y sacudió su alma como un terremoto a mitad de la nada. Imposible olvidar cómo llegó con su frescura, su libertad a flor de piel y rompió en un instante todos sus esquemas, despedazó sus paradigmas y lo transformó emergiéndolo de aquel abismo para hacerlo sentir vivo, para regresarlo de entre la tumba de su vida sin sentido y motivarlo a enfrentar la vida con la cabeza erguida y la única certeza de vivir el hoy, de disfrutar tanto la marea tibia de un mar que se despide con el día, como la fría brisa de una tarde de diciembre.

¿Cómo puede marcar alguien tu existencia de ese modo, haciéndote amargamente consiente que puedes vivir junto a una persona toda una vida y jamás llegar a conocer su alma? Y por otro lado, sólo compartir un fragmento mínimo con un ser humano y dejarte marcado en la eternidad del sentimiento.

Aquella mujer fue brisa fresca de verano, fue viento de libertad en una vida encarcelada sin razón. Fue al mismo tiempo el placer del pecado y el elixir de vida que lo mantuvo un fragmento de tiempo despertando de su conciencia aletargada.

Pero llegó el día que su entorno estalló ante sus ojos, y le ordenó olvidar el advenimiento del azar, de reclamarle el regreso al reino de la seguridad y el tedio y Juan... Juan se obligó a sí mismo a no escuchar las protestas de su corazón, a no oír sus gritos desgarradores y a hacer dormir de nuevo a su conciencia marchitada de dolor.

Y se tomó aquella pastilla para no sentir, para no soñar, para no probar de nuevo los licores del placer y para no permitirle jamás al viento besarle suavemente la mejilla, ni para dejarse llevar por la marea de un mar de aventuras y tentaciones de la vida.

---

Juan se obligó también a no dar muestras del dolor que embargó su esencia, a recordar la fortaleza que se esperaba de él en su entorno del deber ser y a fragmentar todo recuerdo del instante efímero del renacer de su alma.

Y así, en la vida de Juan fueron pasando sus días, sus meses y sus años y se obligó a vivir adormilado y totalmente inmerso en su propia soledad, alimentando cada día sus decisiones con aquella pastilla que contenía el espíritu de sus miedos, de sus culpas sin redimir y sus decisiones inconclusas.

Fue en ese instante que Juan regresó de sus meditaciones del pasado y emergió en el presente con la visión de una vejez que lo invadía y fue entonces que empezó a sentir un frío inmenso, y comprendió que su corazón iniciaba un agotamiento sin retorno, producto de tantas décadas de servicio sin retrasos.

Poco a poco sus cansadas piernas no pudieron sostenerlo y en ese preciso instante todos sus miedos, sus más insospechadas inseguridades, sus más añejas culpas se evaporaron y perdieron el sentido de su existencia y la verdad estalló ante sus ojos, se vio a sí mismo por primera vez en hacía más de tres décadas. Entonces deseó, rogó y suplicó con toda la intensidad de su ser, que el reloj regresara su marcha, que le permitiera luchar por sí mismo, por su verdad ahogada en la miseria de la culpa. Fue en ese instante que Juan cayó inerte y su corazón latió por última vez en su existencia, y así su último recuerdo, su último pensamiento tuvo un remitente del pasado y se despidió de ella pidiéndose perdón a sí mismo.

... La pastilla, la pastilla de esa última noche no fue ingerida. Encontraron su cuerpo al día siguiente, con una suave sonrisa fijada en sus labios, aún con su pastilla en la mano y en la otra, un vaso con el agua derramada. •



---

# ÁNGELES Y PUNTOS

Antonio Sanferd

*El universo como un todo manifiesta correlaciones bien afinadas que desafían cualquier explicación de sentido común.*

Ervin Laszlo

En un día del futuro alguien con sus ingenios guardados se cuestionó lo que la adimensionalidad quiere hacer añicos: nuestro enjaulamiento tridimensional, inmisericorde esfera que no nos deja visualizar otros quehaceres en otros espejos y zonas electromagnéticas de color y sonido.

Tres ejes y un cuarto del laberinto temporal con cuerdas imaginarias nos atan a la tierra y al cielo. ¿Un punto al no tener dimensiones es no puro? Su inexistencia mordaz nos hace cabecear con los lóbulos izquierdos de nuestro cerebro. Simplezas sin consorte creativo; terrestres en los fosos del tiempo sin saber de la delicadeza de lo no transitorio. Análisis de los egos y de la negación ¿Cómo cavilas con geometrías no vistas? Un punto es espacial, hay que imaginarlo flotando en el cosmos. Entonces ¿existe o no? Un fotón es ese punto, existe en el espacio y en el tiempo, flotando está henchido de poder. También flotando está, en su sencillez, acariciando tus placeres.

Los ángeles no tienen dimensiones en el marco de los sentidos; la luz no conoce la inercia. Si nuestra mente es luz de pensamiento creativo, entonces, no tiene límites; no obstante, existe sin ejes tridimensionales. Hologramas del encuentro y desencuentro. La nobleza no necesita gritar, no necesita de palmoteos: existe y es en un sistema abierto y no enclaustrado por paredes inicuas. Tres, cinco, y más ventanas en los espejos holográficos; paradigmas, sólo paradigmas de las sombras. Materia, fuerza y luz, sentimiento de neta energía.

Algún día del pasado, mis herramientas del futuro me trasladaron hacia el presente donde el tiempo es una ilusión para no despertar y envilecerme con los placeres. Y, al fin, me pregunté: ¿qué necesito hacer para ver a un bioluminiscente alado? Estaba mirándome en el espejo de la simetría sin percatarme que, atrás y a mis lados, me miraban los reflejos que mi afán de mirar al frente nunca me ha dejado concienciar las diferentes y, a la vez, sumadas realidades; le dije a mis carceleros: ¡basta ya! Quiero verme en los cuatro paneles de mis hallazgos; en los cinco y seis, en los siete y ocho... en el redondel del infinito de mis resplandores. Imágenes de las imágenes, ondas sin fin de la partícula: vibraciones sin fin de la música infinita del lino de mis vestidos, de tus vestimentas, de nuestros atuendos.

La teoría del todo para interpretar lo que no es total. La concepción de las cuestiones para no viajar hacia el todo. Mira, dije a mis interlocutores: cada vez que hacen un movimiento desprenden energía que, traducida a matemáticas espectroscópicas, no es más que luz dentro de muchos planos cuánticos. Cada vez que piensan en algún meteorito, para darse placer, se desprende una vasta nube de circuitos de fuente nivea, suficiencias de pensamiento.

---

Para ver un ángel necesitas formar el ángel en otra senda de filones de mente y no materia. Para acariciar otras dimensiones, necesitas ubicar tus pensamientos en los ríos de la secuencia de la materia y trasladarla hacia lo inconcebible de la fuente de las luces sin espacio ni tiempo. La luz no tiene edad porque se ha desprendido de la inercia. El que sabe de qué habla no necesita alzar la voz: fulgura por sí solo, a menos que hable de la conectividad de un espacio físico, y no el lenguaje de las esferas coherentes, conectadas en la no localidad de la mente, de aquí y de allá, de aroma cuántico.

Espera, dijo una voz. Volteé y, al no ver a nadie de caracteres humanos, acaté a seguir hablando a mis interlocutores, dos almas hambrientas, dos sistemas genéticos de amistad mucho menos emotiva que las cadencias humanas. Felino y cálido, amigos sin fin, además de leales compañeros. Así es y así será. Más impulsivo en número es el ser humano porque su abanico de posibilidades es infinita, cada una sumada a cruzadas variables emotivas, unas con otras hasta hacer, de la filosofía propia, temores saltarines dentro de una caja de cerillos.

Pero, y los ángeles. Ah, los ángeles, insistió la voz sin imagen terrena, nos dejan ser. Los verdaderos ángeles no interfieren cuando no sabemos unir nuestra alma con el espíritu, a menos que busquemos el conocimiento... Y cuando lo encontramos, ¿nos cuestionan? No necesariamente, me cubrió la misma voz. En tintineos nocturnos te preguntará a ti mismo. ¿Para qué quieres el conocimiento? Pensamientos para formar o para deformar.

Pero... y los ángeles viles.... ¿Viles? Ah, ya entiendo. Siempre habrá seres que interferirán y nos harán sentir poca cosa. Nosotros mismos somos una cadena de mensajes, vastos y plenos, desmedidos y agónicos; sólo en un plano de caracteres tridimensionales. Estos son nuestros temores conectados a las piedras. Postulados de interferencia en melancólica claustrofobia.

Pues bien, imaginemos que nuestra caja de cerillos es tan amplia de tal manera que el fotón, como si fuera partícula viviente, tiene tanto espacio que cintila en colores cadenciosos. Si la caja es estrecha, ese fotón sentirá claustrofobia; su propio caos no lo dejará ser, sus magnitudes serán mortecinas.

La voz con timbre melodioso me preguntó, ¿cuáles son las dimensiones de tu caja, de tu cofre que encierra tus supuestos y lo que pudo ser y no fue?

La voz, mis mascotas hambrientas y yo, siempre hemos estado conectados por una infinitud de posibilidades en el mar diáfano de los ángeles danzantes, y, mi alma, sin poder ver la grandeza. La ayuda que puede darme mi espíritu no llegará porque no he dejado que despierte de la latencia que le ha dado el encierro desde que lo he secuestrado, desde que a mi alma le he puesto una venda en el nicho cuántico del olvido. Nuestro punto lumínico en el océano angelical. •



## DE GATOS Y DEMÁS

*Jacobo Buonaparte*

Ahora sólo soy el gato gordo en tu regazo  
demorado por el ronco ronroneo de tu estómago  
y un beso cálido escapándose de mis labios.  
Ahora soy un rugido leve, un ruido sordo que nace de la tierra y muere en el aire  
soy el verso y el canto  
flor preciosa de épocas remotas y futuras  
tu boca me contiene espacios finitos y no puedo contenerme.  
Soy la carne ahora  
mañana no sé.  
Ayer fui un caer de gotas  
he sido mares y naves  
naos y galeras  
piratas perdidos en pútridos pozos de perfidia y pudor  
probando mi suerte contra la tuya  
(y que has ganado).  
Ahora soy un gatopardo  
gordo.

---

## PRELUDIO

*Helena Jimenez*

Entre el suelo  
y la luna, el silencio  
la cuna, la alianza  
la espuma, el pánico  
la bruma, el sueño  
y la cintura, la música  
la musa, la mañana  
desnuda, la nostalgia  
difusa, la mirada  
embriagada, la espera  
eterna intrusa, la muerte  
enamorada, la sangre  
desahuciada, la ternura  
confusa, la distancia  
enterrada, la semilla  
olvidada, la caverna  
encantada, la memoria  
contusa, el deseo  
abrasado, la sonrisa  
inventada, la carne  
flor ilusa, la palabra  
sin dueño, la sed  
y la penumbra,  
a mi lado,  
duermes  
tú.

---

## LUNA CUARTO MENGUANTE

*Dorina Garza Leonard*

Hay momentos en la vida  
En que el mundo pierde su voz  
Mudos los árboles de hojas tiritando  
Mudas las nubes de gotas bamboleantes  
Mudos los ríos de piedras errantes  
Mudas las montañas que gritan en azul  
Hasta que llega ese momento enigmático  
En que los astros trastocan el universo  
Cantan los árboles de hojas centelleando  
Cantan las nubes de gotas que electrizan  
Cantan los ríos de piedras que escandalizan  
Y hasta las montañas que gritan sus versos en azul  
Pregonan el influjo de la luna cuarto menguante  
De la que cuelga Venus como un sol.

---

## DESPACIO

*Penélope*

Despacio,  
acércate despacio.  
Que nuestras sombras se rocen por un momento.  
Detente,  
quédate así, inmóvil, mirándome.  
Detente como parece que hace el sol al atardecer.  
Quédate ahí y, despacio,  
acaríciame.  
Desliza tus dedos sobre mi piel;  
mi piel de arena que se agita  
cuando pasan tus manos como vientos  
y se forma una tormenta.  
Mi piel que no teme perderse en la nada  
y que te espera.  
Espera tu tacto, pacientemente.  
Así como mis labios esperan los tuyos,  
para mezclarse en un beso tierno, como espuma  
dulce y persistente.  
Y es que tus mensajes son así,  
dulces y persistentes;  
pero más lo es tu mirada  
buscándome eternamente  
sabiendo que me encontrará,  
pronto.

---

## LAJA AL VIENTO

*Guadalupe del Río*

El punto que sostiene tu pie  
es una laja al viento;  
es pirámide hecha de minúsculas piezas  
pendiente del vacío.

Sobre tu pie  
vas construyendo tu casa:  
el escarpado monte ofrece  
desde la cima  
una visión edénica.

Tu mirada  
se tiende al horizonte

y, debajo,  
tu pie sobre la laja:  
pedacito de nada.  
Desde este sueño ingenuo,  
perfilas que eso  
sostiene tu existencia.

---

## A ÉL SÍ LE SOBRÓ

*Norma Roffe*

Te hiciste viejo y ya nadie te quiso  
Tienes las raíces tan largas y tanta sabia corre por tu cuerpo  
Pero ni así te quieren  
Ni aunque sepas la historia de esta tierra  
Ni porque la conociste cuando todavía tenía árboles en vez de cemento  
Y no te quieren porque aunque trabajaste toda la vida  
Desde niño  
En el mismo lugar que trabajó tu padre  
Sin casi darte tiempo para estudiar  
No lograste juntar nada  
Todo te lo gastaste  
Nada te sobró  
Primero por ayudar a tus padres  
Por mantener tanto hermano  
Luego a tus hijos  
Y luego a los nietos  
Nada te quedó  
Con ese salario de miseria que te daba tu patrón  
Apenas te alcanzó para que vivieran los tuyos  
Tanto que le trabajaste, y apenas él faltó  
Te echaron sus hijos  
La lealtad no se reconoció

---

Y ahora que ya no tienes dientes  
Y necesitas de una sopa caliente  
Para aminorar el frío  
No sabes si llegar a tu edad es premio  
O es castigo  
Nadie te recuerda  
Te recuerdan solo cuando algo necesitan  
Muy poco porque cada día puedes hacer menos  
Trabajaste tanto y tan duro  
Pero eso fue antes, ya no  
Vive tus recuerdos  
Descansa en tu agonía cuando te duelen los huesos  
Por el frío que no cesa  
Porque no tienes ni fuego ni café para calentarte  
Alentas el paso de los que caminan rápido  
Por eso no te quieren  
No creo que sea consuelo para ti  
Pero si de algo te sirve  
Te diré que para allá van los que ahora no te cuidan  
Si es que no se van antes  
Y cuando bien piensas  
¿Cómo es que a mi patrón sí lo querían sus hijos  
cuando él envejeció?  
Ah sí, ya lo sé, es que a él sí le sobró.



**GERARDO ALONSO.**

**MARIA EUGENIA ALVARADO HIERRO.-** Le dicen Maru; además de escribir también practica taekwon do, y le gusta la música de diversos géneros, en especial: latin, pop, world, new age, folk y la música antigua.

**VIRGINIA BON.-** Es uruguaya y vive en Monterrey desde el 2005. Ha publicado trabajos académicos en el área de filosofía, educación y comunicación. Trabaja en el Tecnológico de Monterrey.

**JACOBO BUONAPARTE.-** Jacobo Buonaparte es miembro del Honorable Colegio de Patafísica desde hace más de diez años. Sus aficiones incluyen tocar el caracol sonoro frente al sol, contar los pasos entre destinaciones y cantar en francés. Ha incursionado en la poesía, la narrativa breve y actualmente encuentra interés en la fotografía.

**ABRIL DE LEÓN.**

**ENRIQUETA GUADALUPE DEL RÍO MARTÍNEZ.-** Originaria de Torreón, estudió LCC en el ITESM y la Maestría en Letras Españolas en la UANL. Es profesora de Cátedra del Departamento de Estudios Humanísticos. Publicó el libro "Desde la acera" (un compendio de narrativa poética breve) para la pasada Feria del Libro.

**DORINA GARZA LEONARD.-** La Profra. Dorina Garza Leonard forma parte del Departamento de Lenguas Modernas del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey. Imparte las clases de Public Speaking and Academic Writing.

**HELENA JIMÉNEZ.-** Nació en Bilbao (España). Es maestra e investigadora en el área de lingüística e idiomas. Ha vivido y trabajado en Suecia, EEUU, Inglaterra y Trinidad, Tobago. Ha publicado cinco libros de idiomas y un libro de poesía titulado "Las islas y el silencio". En la actualidad reside en Monterrey (México) donde se desempeña como profesora en el ITESM.

**LORENA MARTÍNEZ ELIZALDE.-** Estudió el Doctorado en Tecnologías de la Información, pero además de estudiar sobre la Web 3.0 se dedica a escribir historias largas y cortas sobre asuntos reales e inventados.

**PENÉLOPE.**

**ANDREA RÍOS.**

**NORMA ROFFE SARAMANIEGO.-** A él sí le sobró pertenece a una colección de poemas renegados que presentan una mezcla de críticas, reclamos, enojos, frustraciones de la autora para con la sociedad y la vida, generalmente sombríos y sin esperanza. Más que un reclamo son un lamento. A menudo tienen un tono de ironía. Los poemas renegados salen en busca de renegados adeptos a la lucha pacífica hacia la democracia y la justicia. La Dra. Norma Frida Roffe es maestra del Departamento de Ingeniería Eléctrica y Computacional del ITESM, campus Monterrey, para contactarla escribirle a nroffe@itesm.mx.

**LAURA ROMERO.**

**JAVIER ROMO.-** Cursa la carrera de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas y como su texto lo exhibe tiene una marcada influencia borgiana. Es admirador de los gatos y de su sabiduría.

**ANTONIO SANFERD.-** Está en el departamento de Química adscrito como profesor de cátedra; posee un doctorado en química y sus trabajos de investigación tienen que ver con la síntesis de polímeros con actividad óptica no lineal de segundo orden, así como

---

SI DESEAS SER PUBLICADO EN PUÑO Y LETRA, ENVÍANOS TUS TEXTOS.

[punoyletra.revista@gmail.com](mailto:punoyletra.revista@gmail.com)

VISITA LA VERSIÓN ELECTRÓNICA DE PUÑO Y LETRA

[revistapunoyletra.wordpress.com](http://revistapunoyletra.wordpress.com)

---



**image**  
**B·O·X**

Imprenta Digital

